

Priscilla

también tiene deseos

Brenda Ocampo¹
brenda.ocampo.818@gmail.com

¹Estudiante de Comunicación y Periodismo en FES Aragón, con especialización en gestión de proyectos y marketing digital. Está interesada en la creación de contenido para redes sociales y en la analítica de datos. Suele hablar de política y es aficionada al cine.
Twitter: @dathnotes

La fama convierte a los hombres en seres especiales. En los años 60, cualquier mujer que fuese invitada a la casa de Elvis Presley, sin duda, iría. Tal fue el caso de Priscilla, una joven de 14 años, cuya pureza inherente cautivó al rey del rock and roll.

A pesar de que el padre y la madre no estaban de acuerdo con la diferencia de edad, terminaron cediendo la mano de su hija ante el famoso artista estadounidense.

Como resultado, Priscilla descubrió que Elvis no era tan magnífico como pensaba. Y se vio envuelta en un escaparate, como si de una mercancía se tratara. Con el paso del tiempo, dejaron de importarle muchas cosas. Entre ellas, saber con quién se relacionaba su amado. Llegando al punto en que le pide el divorcio.

Lo anterior es, en esencia la trama de *Priscilla* (2023), una película biográfica dirigida por Sofia Coppola, y basada en el libro de *Memorias Elvis y yo* (1985).

Como dato relevante, el cine de la directora estadounidense se caracteriza por contarse desde la mirada femenina. Entonces, *Priscilla* viene a ser otra cinta que pone de manifiesto el machismo de ilustres personajes. Ya en 2006, con la cinta *María Antonieta*, Sofia Coppola comenzaba a dilucidar esta constante.

También, resulta curiosa la interpolación de películas en un lapso corto de tiempo. Mientras Baz Luhrmann da su narrativa de Elvis en el año 2022, con la producción del mismo nombre; un año después, Sofia Coppola lanza a la pantalla grande el punto de vista de Priscilla.

Ahora bien, la representación de la violencia es un asunto que no debe pasar inadvertido. En lugar de escenas explícitas con golpes e insultos, se añadieron diálogos que dan pie a lo que Bourdieu nombró violencia simbólica.

Con frases como “es madura para su edad” o “cabello negro y más maquillaje, para que se destaquen tus ojos”; es posible adivinar el nivel de poder que un hombre 10 años mayor, ejercía sobre Priscilla. Además, queda implícito el grado de machismo del artista cuando en una pelea de almohadas Elvis le dice: “No seas tan ruda, no eres un hombre”. Para luego pedirle perdón, por ser demasiado agresivo.

Otros elementos significativos en la narrativa son el maquillaje y el vestuario. Básicamente, Priscilla está construida a partir de ellos. En una fase temprana, se le muestra más inocente, coqueta, con aire de *Lolita* (1997). Después, con los cambios sugeridos por Elvis, obtiene una apariencia mucho mayor de la que realmente tiene. Finalmente, se le ve con un karategi o uniforme de entrenamiento, como signo de que está teniendo fuerza y carácter.

Por lo anterior, Priscilla se explica con la concepción lacaniana del deseo, aquella que dice “el deseo es el deseo del otro”. Primero, porque Priscilla hizo lo necesario para agradarle a uno de los hombres más codiciados de su época. Inclusive si eso significaba no elegir sus vestidos.

Y, en segundo lugar, debido a que muchos hombres, Elvis entre ellos, reconocen en una mujer la juventud sobre todas las cosas. Es decir, la prefieren joven para que sea: 1) “entrenable”; 2) fértil; y 3) bonita. Por lo tanto, si la demanda es alta, la oferta es poca, eso hace de *Priscilla* un objeto de deseo.

Finalmente, esta producción no criminaliza a Elvis Presley, sino que ofrece una alternativa a la perspectiva mayoritaria sobre el cantante y actor, una donde es un amante, esposo y padre de familia. De tal modo, debe verse con la mente abierta, dejando de lado las filias y fobias ya sea hacia Elvis o Priscilla.

Priscilla. (2023), Estados Unidos, dirección: Sofia Coppola. Reparto: Cailee Spaeny, Jacob Elordi, Dagmara Dominczyk, duración: 110 minutos.